

Y para más novela y aventura,
Tienes un mal-ferido caballero,
Que está haciendo á tus piés triste figura.

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes de su fallecimiento.

Lamiendo reconoce el beneficio
El can más fiero al hombre que le halaga;
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
O tarde, ó mal, ó nunca el buen servicio.
La envidia, la calumnia, el artificio,
Cuya influencia vil todo lo estraga,
Con más rabiosos dientes abren llaga
En quien abraza el literario oficio.
Así la fuerza corporal padece,
Falta paciencia, el ánimo decae;
Poca es la gloria, mucha la molestia;
El libro vive, y el autor perece.
Y ¡amar la ciencia tal provecho trae!.....
Pues doy gusto á Forner, y hágame bestia.

Inserto en una carta del autor á don Vicente de los Ríos.

Yace debajo de esta fria losa
Uno más frío que ella, el buen Sedano,
Que escribió un drama hebreo y castellano,
E ilustró (1) ajenos versos con su prosa.
Débenlo coleccion voluminosa
No pocos héroes del Parnaso hispano,
Sin que le fuese el público á la mano,
Mientras de autores muertos hizo glosa.
Quiso hablar de un vivo; y el pobrete
Llevó una tunda célebre, que acaso
No la esperaba tal de un mozalvete.
Murióse de resultas del fracaso,
Diciendo: «Nunca más, *Madrigalete*.....»
¡Adios, décimo tomo del *Parnaso*!

EPIGRAMAS.

Vendíase en almoneda la librería de un hético, y opinó el autor que á las puertas de ella se pudiese esta inscripción.

De libros un gran caudal
Aquí un hético dejó.
No temais comprarlos, no,
Que no se les pegó el mal.

Estando el autor componiendo unos versos, le importunaban las campanas de una parroquia, y las dijo entonces:

Campanas, ¡oh si con vos
Cargara el diablo á dos manos!
Que matais á los cristianos
En són de alabar á Dios;
Cuatro sois, no una ni dos.
Vaya, callad, y entre tanto
Versos (con más dulce canto
Que el vuestro) en premio os haré.....
¡No callais!—Aguardaré
A hacerlos el Viérnes Santo.

Á un vizcaino muy aprensivo, que pidió á su zapatero le tomase el pulso.

Fabio de cabalgadura
Ya con el renombre se alza,
Pues el mismo que le calza
Es el que también le cura.

(1) Mejor diría yo *ofuscó*.

Á una dama que se peinaba á sí propia.

Ya nada he de pretender
Sino que tu peluquero
Un día se quiera hacer
Amigo de mi barbero (2).

Casado con tres mozas en Granada
Al mismo tiempo un picaron vivía.
La justicia mandó que castigada
Fuese en un burro tal poligamia.
Por las calles la plebe lastimada
Preguntaba el delito, y él decía:
Señores, me han sacado á dar doscientos.....
—¿Por qué?—Por frecuentar los sacramentos.

Á una dama que se arrebolaba, y gustaba de acariciar perros falderos.

Ñiña, ¿por qué disfrazas
Tu color con pintura?
Y ¿por qué con ternura
Perros besas y abrazas?
Ya de tí me rechazas
Con tu gusto insensato;
Y es doble desacato
Que anden en tu palmito
La pata del perrito
Y la mano del gato.

Cierto verdugo formó
De trapos, paja y papel
Un hombre, ensayando en él
A un hijo que Dios le dió.
Mas el aprendiz clamó:
«Padre mio, yo no quiero
Oficio tan carnícero.»
Y el padre dijo: «¡Ah, bribon!
¡No es ésta tu vocacion!.....
Yo te pondré á tabernero.»

Á una dama que se arrebolaba á sí propia.

Lisarda, cuantos pintores,
En su oficio consumados,
Consiguen ver celebrados
De su pincel los primores,
Ya te son muy inferiores,
Pues ninguno en arte tal
Posee el dón especial
Y habilidad superior
De ser á un tiempo *pintor*,
Retrato y *original*.

Críticase á cierto poeta que acostumbraba truncar en sus poesías el sentido de las expresiones, dividiendo entre el fin de un verso y principio del otro algunas dicciones que deben usarse siempre unidas.

Muchos dicen que, porque *al*
Verso siguiente va *con*
Las palabras de otro, *don*
Fulano pasa por *mal*
Versista; pero aún con *tal*
Error, cumple como *buen*
Poeta, pues poniendo *en*
Sus versos cabales *las*
Silabas, deja á otro *más*
Hábil colocarlas bien.

Á un célebre tocador de clarín.

Cuando disminuye ó crece
En ese clarín el viento,
Y cuando á tu docto aliento
Con tal dulzura obedece,
Uno de sus dos parece

(2) El que escribió este epigrama se afeitaba á sí propio.

POESÍAS VARIAS.

Definición del mal que llaman *esplin* (en inglés *spleen*).

Es el *esplin*, señora, una dolencia
Que de Inglaterra dicen que nos vino;
Es mal humor, manía, displicencia,
Es amar la afliccion, perder el tino,
Aborrecer un hombre su existencia,
Renegar de su genio y su destino,
Y es, en fin, para hablarte sin rodeo,
Aquello que me da si no te veo.

PREGUNTAS SUELTAS.

¡Mujer, mujer! ¿qué más quieres de mí?
¿Quieres aborrecerme?—Eso haces ya.
¿Quieres mi corazón?—Ya te le di.
¿Quieres muera á tus manos?—¡Ojalá!
¿Quieres versos?—Pues héte los aquí.
¿Quieres que no te vea?—Bien está.
Pues di, mujer, ¿qué más puedo hacer yo?
¿Olvidarte? ¡Ay, mis ojos! Eso no.

Á la fortuna que logró el autor en que una dama le copiasen unos versos suyos.

DÉCIMA ENDECASILABA.

Del dios de los poetas soberano
Huyó la bella Dafne rigurosa;
Yo hallé Dafne más bella y más piadosa,
Siendo de Apolo un aprendiz mediano.
Hoy ella misma con su blanca mano
Se digna de escribir mi poesía,
Y el dios ser aprendiz desearia;
Que cuando logró yo dicha tan rara,
Mi lira por la suya no trocará,
Y él trocará su Dafne por la mía.

SILVA.

No bien nace la aurora,
Cuando mis amorosas inquietudes,
Que en siglos me convierten cada hora,
Para sufrir de nuevo ingratiudes
Me hacen dejar el lecho que aborrezco.
Desde entonces al mal de que adolezco
Mi triste fantasia,
Cansada de buscar otros alivios,
Uno solo procura,
Cuando á exclamar me obliga: «¿Por ventura
Este que hoy amanece será el día
Que la tormenta trocará en bonanza?
¿No querrán todavía
Aquellos ojos que me miran tibios
Animar mi perdida confianza?»

Así busco á mi pena algún consuelo
Mientras el sol prosigue su carrera;
Pero despues que de la noche el velo
Las tierras ha enlutado,
Si examino mi estado,
Tan infelice soy como ántes era.
¡Ah, beldad hechicera!
Dulce transformadora
De mi genio, costumbres, diversiones,
Tareas, complexion, inclinaciones!
Mi corazón, de que hoy eres señora,
Sólo al amor por tí ya se dedica,
Y sus pasiones todas sacrifica.

Permite que me acuerde
De cuando yo solía,
De pesares ajeno,
Ya reclinado sobre el césped verde
Que en sus orillas Manzanares cria,
Ya en el retiro ameno.
Del soto, cuya entrada el sol ignora,
Con lira, á la verdad, poco sonora,
Cantar mis pobres versos, inspirados
De musa no discreta,

Que la Fama te prestó,
Diciendo: «No basto, no,
Para alabarte, y así,
Tú mismo alábate á tí,
Que lo harás mejor que yo.»

Á don Josef Castellanos, sujeto habilísimo en el difícil arte de remedar.

Con variedad tan ligera,
Moviendo ojos, lengua y manos,
No es un hombre Castellanos,
Es una nacion entera.
Por su boca justo es quiera
La naturaleza hablar,
Pues su ingenio singular
Todo lo copia tan fiel,
Que imitando á todos él,
No hay quien le pueda imitar.

Á un vizcaino, autor de unos malos versos castellanos en metro que él llamaba sáfico y adónico.

Por más que en metro latino
Voces castellanas usas,
No te permiten las Musas
Dejar de hablar vizcaino.
El rebuzno de pollino,
En que el verso se trocó
Que Safo en Grecia inventó,
Hizo que Apolo exclamase:
«Caballo en el Pindo (1), pase;
Pero ¿borrico?—Eso no.»

Á una dama que padecía una fluxion á los ojos.—Redondilla compuesta de repente, con motivo de haber dicho á la señora uno de sus tertulianos que sentía mucho verla así.

Hoy tus ojos no están buenos,
Y hay quien dice que lo siente;
Yo no, porque, finalmente,
Son dos enemigos ménos.

Escribano, que inmediata
Tienes tu casa á un platero,
Pon en ella este letrero:
«Todos limpiamos la plata.»

Cierto escritor de sainetes
Dice que hace lo que sabe,
Y autores hay que aseguran
Que no sabe lo que hace.

A un viejo avariento.

Haces muy bien en ser aprovechado;
Que con eso tendrás, cuando te mueras,
Un pedazo de pan asegurado.

En tus versos á Teodora,
Fabio, no has hecho muy mal
En llamarla *mi pastora*,
Porque la buena señora
Tiene la traza de tal.

Mahomed, yo te aseguro
Que en medio de estas querellas,
Si nos pides cien doncellas,
Nos vemos en un apuro.

Juguete, respondiendo con las mismas palabras de la pregunta.

He reñido á un hostelero.
¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?
—Porque donde, cuando como,
Sirven mal, me desespero.

(1) El Pegaso.

Pero fácil, alegre y sin cuidados....
¡Quién pudiera decir lo mismo ahora!
— He renunciado el lauro de poeta,
Que sólo mereciera si mis rimas
A los remotos climas
Pudiesen extender tu nombre y gloria.
Reina, reina tú sola en mi memoria,
Aunque las nueve Musas ya se olviden
Por las tres Gracias, que hoy en tí residen.
Acuérdome también de que algún día
El placer de la música armonía
Ejerció en mis potencias tal imperio
Y eficacia tan rara,
Que, rendido á su grato cautiverio,
Tal vez el arco con que toca Apolo
Preferí al arco con que Amor dispara,
Mas ya ni un tono solo
Forma en las roncadas cuerdas
El tardo impulso de las flojas cerdas,
Que en lo tierno y quejoso de su acento
No exprese tu rigor y mi tormento.

Propensión me debía
En otro tiempo de la esgrima el arte,
Sirviéndome de guía
Prudentes leyes del astuto juego,
Con que adestraba Marte
De la edad juvenil el brío ciego.
Hoy la amada costumbre
De empuñar el acero olvidaría,
Si para merecer la recompensa
De mi fiel servidumbre,
Emplearle no logro en tu defensa.
¡Qué ha sido de aquel tiempo delicioso
En que jamás la danza divertida
A la tristeza permitió cabida
Para turbar el plácido reposo
De este pecho, que dudo ya si es mío?
¡No era yo el que en estrados,
Donde cien hermosuras,
Sus gracias ostentando y su atavío,
Los sentidos dejaban encantados,
Conté por la mayor de mis venturas
Que me hallase bailando sin desmayo
De la aurora siguiente el primer rayo?
Mas ya no hay para mi recreo alguno
Que sin tí pueda serlo. ¡Oh, si quisiera
El destino importuno
Que, más benigna por un breve instante,
Una mirada tuya resarciera
Los tranquilos placeres que á tu amante
En tiempo más dichoso han ofrecido
Música, poesía, esgrima y danza!
Duélete, pues, al ver cuál se eterniza
Con tan vano deseo su esperanza;
Contempla qué pasión le martiriza;
Mira los bienes que por tí ha perdido,
Y luego dí si es digno de tu olvido.

EPÍSTOLA.

Respuesta del autor, en estilo familiar, á un caballero (1) que, sin descubrir su nombre, le había enviado desde Viena unos versos castellanos en elogio del poema de *La Música*, en los cuales fingía haber oído el juicio favorable que sobre él habían dado Apolo y las Musas.

Señor, sabio alemán desconocido,
Que os dáis á conocer ya demasiado
Con versos de repente ó de pensado
Que os descubren el número escondido,
¡Qué mala tentación os ha inducido
A escribirme ingeniosas alabanzas,
Con que en este país se me acrecienten
Los envidiosos que mi dicha sienten?
A fe que os saldrán caras vueltas chanzas,
Porque os caórá la competente parte
En las censuras que se aguarda Iriarte.
Ya les oigo que claman:
«¡Quién le mete al de Viena

(1) El señor Bosarte, secretario de S. M., y de la Real Academia de San Fernando.

Adonde no le llaman,
Juzgando versos de española vena
Y haciéndolos también? ¡Vaya que es buena!
¡Que el bendito señor se satisfaga
De un poema que acá nos empalaga,
Nos degüella, nos pica y endemonial
Traiga, traiga el autor aprobaciones
De Alemania, de Rusia, de Polonia;
Ponga entre sus poéticos blasones
Los elogios del mismo Metastasio;
Resuciten Apéles y Parrasio
Para inventar dibujos
Que adornen la edición de su cuaderno,
Y envanézcase, en fin, con los influjos
Que entre serios cuidados del gobierno
Un benigno Mecénas le dispensa;
Que apenas salga su obra de la prensa,
Ya se arrepentirá de la osadía
De haber así tratado en poesía
Un nuevo asunto de tan rara casta
Que no le conocemos....
Mas conocemos al autor, y basta
Para que sin piedad le critiquemos.
Vuestra intención aprecio, señor mío,
Y de que honreis mis versos me glorio;
Pero, á decir verdad, me compadezco
De que exponáis aquí vuestro buen nombre,
Si no queréis pasar por un pobre hombre.
En vez de los aplausos que merezco
A vuestro ingenio y honradez germánica,
Escribid una crítica *Sedánica*
Que exagere y publique mis defectos,
Y en Madrid ganaréis muchos afectos,
Que tendrán vuestra pluma en gran estima,
Y os darán gracias y dinero encima.

Un lance he de contaros á este intento,
Que me hace presumir, con fundamento,
Que sin duda las musas de Alemania
Muy diferentes son de las de España.
Del turbio Manzanares en la orilla
Rumiando estaba yo mis consonantes,
Cuando por el camino de la villa
Vi bajar nueve niñas, con semblantes
Poco apacibles por su adusto ceño,
Desaliñadas y de mal pergeño.
Según ciertas señales bien confusas,
Me llegué á persuadir que eran las Musas;
Y oí que de mi músico poema,
Al uso madrileño
Hablaban, fulminándome anatema.
Una dijo con pronto desenfado:
«¡Qué importará al Estado
Esa ristra de versos jacareros
Que tratan de enseñar á pitofleros?
Toquen, con Barrabas, como supieren,
O que no toquen, si tocar no quieren,
Que así tendremos ese ruido ménos.»
Otra luego añadió: «Malos ó buenos,
Siempre tuvimos músicos de sobra,
Sin que necesitasen de tal obra
Con que hacerse peritos

En el arte de echar sus gorgoritos.»
Cuál observó no ser de mi incumbencia
Explicar los preceptos de una ciencia
En que soy meramente aficionado;
Cuál dijo que el poema era robado
De Rameau, Dalambert, Rousseau, Tartini,
O del padre Nasarre, ó de Martini;
Otra clamó que el libro le ha engañado,
Pues creyó que con él bien se podría,
Sin andar á la escuela,
Cantar una tirana (2) á la vihuela
Tan bien como en cualquiera barbería;
Y que al lado de un ciego se aprendía
En un par de mañanas,
Más que con el poema en diez semanas.
Otra manifestó que un tanto cuanto
Se la antojó leer del primer canto,
Y que por poco pierde la chabeta;
Porque aquello de gama, semitonos,

(2) Cancion andaluza que hoy está muy en moda en Madrid.

Intervalos, posturas y tritonos,
Sólo era greguería,
Monserga, guirigay y algarabía,
Farándula, embolismo y quisicosa
Para la diversion de gente ociosa.

Estos, en suma, y otros muchos tales
Eran los pareceres
De aquellas impolíticas mujeres.
Con sudores mortales
Estaba yo escuchando
Sus rigurosas decisiones, cuando
Vi que se me acercaba el buen Apolo,
Y que muerto de risa me decía:
«¡Ah grandísimo bolo!
¡De qué te afliges, di? Yo juraría
Que de esas bachilleras haces caso,
Teniéndolas por musas del Parnaso.
Pues te equivocas miserablemente;
Y de ese conciliábulo insolente,
Más que razones, oírás injurias.
No son las Musas, no; son las tres Furias,
Que abandonando la infernal estancia,
En las letras ejercen su fiereza:
Viene en su compañía la *Ignorancia*,
La *Envidia*, la *Discordia*, la *Pereza*,
La *Falsedad* traidora
Y la *Parcialidad* aduladora.
Mira qué Musas éstas,
¡Qué amables, qué graciosas, qué modestas!
Pues, para tu consuelo,
Sábete que otras no hay en este suelo.
Pero no te dé pena;
Que, si de éstas no gustas,
En acudiendo á Viena
Las hallarás afables y más justas.»

LETRAS PARA MÚSICA.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

Villancico compuesto sobre el salmo ciii, *Benedic, anima mea, Domino*, etc., y propuesto por asunto en la oposición al magisterio de capilla de la catedral de Astorga, en 1781.

INTRODUCCION.

Aléntate, alma mía:
¿Qué dudas? ¿en qué piensas?
¡Por qué á tu Dios no alabas,
Soberano Hacedor de cielo y tierra? (1).
¡Podrás mirar las obras
Que anuncian su grandeza
Sin que tributes himnos
A su poder y eterna providencia? (2).
Aléntate, alma mía:
¿Qué dudas? ¿en qué piensas?
Al Dios supremo ensalza,
Que todo lo ha criado y lo conserva.

ESTRIBILLO.

¡Ah, Señor! que al acento imperioso
De tu voz, que cual trueno resuena (3),
El mar furioso brama
La dura tierra tiembla (4),
Las altas nubes huyen,
Los fuertes vientos vuelan.
¡Ah, Señor! que á una sola palabra,
A una sola mirada, una seña,
Ya dan riego las fuentes (5).

(1) *Benedic, anima mea, Domino.*
(2) *Domine, Deus meus, magnificatus es vehementer.*
(3) *Ab increpatione tua fugient: a voce tonitru tui formidabunt.*
(4) *Qui respicit terram, et facit eam tremere.*
(5) *Qui emittis fontes in convallibus.*

Ya las flores descuellan,
Ya los árboles crecen (6),
Ya las aves gorjean (7).
Porque tú, Dios benigno, lo quieres,
Y á tu mando obedece la tierra,
Los olivos, las mieses
A los hombres sustentan,
Y el licor generoso
De la vid los deleita (8).
Porque á todos alcanzan los bienes
Que derrama tu próspera diestra,
A ganados y peces
El pasto no escasea (9),
Ni al pajarillo el nido (10),
Ni el asilo á la fiera (11);
Porque tú, Dios benigno, lo quieres,
Y á tu mando obedece la tierra.

RECITADO.

¡Oh gran Dios! de este modo
Tu omnipotencia resplandece en todo (12).
Elévanse las cumbres de los montes;
Humíllanse los valles y los prados (13);
Extiende el ancho mar sus horizontes,
Sin exceder sus límites usados (14).
La luna, que mudable nos parece,
Sus períodos guarda sin mudanza (15).
Cuando se oculta el sol, cuando aparece
Mide á compas seguro su tardanza (16).
Luego, en tanto que dura
El silencioso horror de noche obscura (17),
Buscando el alimento,
Del león el cachorro ruge hambriento (18),
Y á conseguirle llega;
Que á nadie el Criador su amparo niega.

RONDÓ.

Siempre digno de alta gloria (19),
Viva y reine el sumo Dueño,
Cuyo nombre en mi memoria
Nunca borrar podrá
Ni el mortal sueño (20).
¡Oh qué muestra dan al mundo
De su gran sabiduría
Tierra, cielo y mar profundo! (21).
¡Oh qué muestra le da
La noche, el día!
Siempre digno de alta gloria, etc.
Quien jamás nos abandona,
Quien sus obras ama tanto,
Quien consuela, quien perdona,
No, no desdeñará
Mi humilde canto (22).
Siempre digno de alta gloria, etc.

(6) *Saturabuntur ligna campi.*
(7) *Super ea volucres celi habitabunt: de medio petrarum dabunt voces.*
(8) *Ut educas panem de terra, et vinum letificet cor hominis. Ut exhilaret faciem in oleo, et panis cor hominis confirmet.*
(9) *Producens fenum juvenis.*
(10) *Illic passeret nidificabunt.*
(11) *Montes excelsi cereis, petra refugium herinacis.*
(12) *Quam magnificata sunt opera tua, Domine.*
(13) *Ascendunt montes, et descendunt campi in locum quem fundas tibi eis.*
(14) *Terminum posuisti, quem non transgredientur, neque convertentur operire terram.*
(15) *Fecit lunam in tempore.*
(16) *Sol cognovit occasum suum.*
(17) *Posuisti tenebras, et facta est nox.*
(18) *Catuli leonum rugientes, ut rapiant, et quaeram a Deo escam sibi.*
(19) *Sit gloria Domini in saeculum.*
(20) *Cantabo Domino in vita mea: psallam Deo meo quamdiu sum.*
(21) *Omnia in sapientia fecisti: impleta est terra possessione tua.*
(22) *Jucundum sibi et eloquium meum.*

ANACREÓNTICAS.

I.

Viéndome Cupido
Estar padeciendo
Por la bella Orminta
Sin fruto, sin premio,
Compasivo quiso,
Por extraño medio,
Aliviar mis penas
Un breve momento.
Cuando al sueño daba
Mis cansados miembros,
A una falsa imagen
Debi algún consuelo.
Soñé que mi esquivo,
Que mi hermoso dueño,
El dueño á quien siempre
Querré, quise y quiero,
No era de mil gracias
Perfecto modelo.
Ni en él advertía
Belleza ni ingenio.
Soñé que aquel rostro,
Que fué mi embeleso,
Sonrosado no era,
Ni rubio el cabello.
Soñé que sus labios
No eran tan bermejos,
Ni sus garzos ojos
Grandes y despiertos;
Que no era su risa
La risa de Venus,
Ni el eco de su habla
Grato y halagüeño.
Soñé que en el baile
Sus piés no eran diestros,
Que en nada tenían
Sus manos acierto,
Que no era su talle
Noble y bien dispuesto,
Ni su andar airoso,
Ni su trato ameno.
«¡Qué! (dije) ¡y es ésta
La que estoy queriendo?
Olvidarla es fácil
Y amarla era yerro.»
Al amor tirano
Despido contento;
Aplando mi dicha,
Y entonces despierto.
Mi engaño conozco,
Orminta, y ya quedo
Bien escarmentado
De creer en sueños.

II.

Cuando la tierra fria
Dé hospedaje á mi cuerpo,
¿Qué servirá que deje
Acá renombre eterno;
Que me erija un amigo
Sepulcral monumento;
Que me escriba la vida;
Que publique mis versos;
Que damas y galanes,
Niños, mozos y viejos
Me lean, y me lloren
Mis parientes y afectos?
Esta fama, esta gloria,
A que aspiran mil necios,
No me da, mientras vivo,
Vanidad ni consuelo.
No quiero yo otra fama,
Otra gloria no quiero,
Sino que se oiga en boca
De niños, mozos, viejos,
De damas y galanes,
De parientes y afectos:

DON TOMÁS DE IRIARTE.

«Este hombre quiso á Laura,
Y Laura es quien le ha muerto.»

III.

Algún día, Lisarda,
Tuve, si bien me acuerdo,
Cinco sentidos míos;
Mas ya ninguno encuentro.
Los gustos que solía
Recibir yo por ellos,
Ni me parecen gustos,
Ni aún creo que los siento.
Cinco eran bien cabales.
Responde: ¿qué se han hecho?
Tú me los has robado;
Oye de qué lo infiero.
A mi vista agradables
Eran en otro tiempo
Lo frondoso de un bosque,
Lo florido de un huerto,
La hermosa perspectiva
De los azules cerros,
Las fértiles llanuras
Y el estrellado cielo.
No es ya para mis ojos
Deleite nada de esto,
Pues ni estuve tan cerca,
Ni me eché á tus piés luego,
Ni alzar el abanico
Permitió el breve tiempo.
Ni le puse en tus manos,
Ni me valió el pretexto.
Bien digo yo que nunca
Tuve en amor acierto.

III.

La ocasion de obsequiarte
Divisé muy de lejos;
Bien digo yo que nunca
Tuve en amor acierto.
Caérete, señora,
El abanico al suelo;
Hallarse uno bien cerca,
Y echarse á tus piés luego;
Levantarle y ponerle
Con gozo y rendimiento
En esas bellas manos,
Valiendo algo el pretexto,
Es dicha para alguno
Que en amor tenga acierto,
No para mí, que en todo
Fatal suerte padezco,
Pues ni estuve tan cerca,
Ni me eché á tus piés luego,
Ni alzar el abanico
Permitió el breve tiempo.
Ni le puse en tus manos,
Ni me valió el pretexto.
Bien digo yo que nunca
Tuve en amor acierto.

IV.

Para que mi alma sane
De la herida que en ella
Hizo el traidor Cupido
Con penetrante flecha,
Tú, que mi amor no entiendes,
Me recetas la ausencia,
Y el cómo he de ausentarme
Es lo que no recetas.
Yo, que hallar no confío
Alivio en mi dolencia,
Temo que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
¿Iré acaso á una quinta,
Iré á una bella aldea,
En que ostente sus dones
La fresca primavera?
Sí; pero allí los valles,
Los huertos, las riberas,
Los prados, los arroyos
Y las frondosas vegas
Serán fieles testigos
De mil raras tristezas,
Unas que llevo, y otras
Que, si allá voy, me esperan.
En la arena del río,
En las verdes cortezas
Escribiré aquel nombre
Que hoy olvidar quisiera.
Repetiéndole siempre
El eco de las selvas,
Hará que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
Querrás que me acompañen
Libros de ingenio y ciencia,
Que en el discurso alivien
Lo que el corazón pena.
Sí; pero nada es fácil
Que yo, infelice, lea
Sino amorosos versos
De algún tierno poeta;
Y entonces los cariños,
Las dulzuras, las quejas

V.

Para que mi alma sane
De la herida que en ella
Hizo el traidor Cupido
Con penetrante flecha,
Tú, que mi amor no entiendes,
Me recetas la ausencia,
Y el cómo he de ausentarme
Es lo que no recetas.
Yo, que hallar no confío
Alivio en mi dolencia,
Temo que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
¿Iré acaso á una quinta,
Iré á una bella aldea,
En que ostente sus dones
La fresca primavera?
Sí; pero allí los valles,
Los huertos, las riberas,
Los prados, los arroyos
Y las frondosas vegas
Serán fieles testigos
De mil raras tristezas,
Unas que llevo, y otras
Que, si allá voy, me esperan.
En la arena del río,
En las verdes cortezas
Escribiré aquel nombre
Que hoy olvidar quisiera.
Repetiéndole siempre
El eco de las selvas,
Hará que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
Querrás que me acompañen
Libros de ingenio y ciencia,
Que en el discurso alivien
Lo que el corazón pena.
Sí; pero nada es fácil
Que yo, infelice, lea
Sino amorosos versos
De algún tierno poeta;
Y entonces los cariños,
Las dulzuras, las quejas

Harán que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
¿Recurriré al deleite
Que en sonoras cadencias
La música divina
Al oído franquea?
Sí; pero en cada acento
Que despidan las cuerdas
Se oirá el llanto mío,
Que ablandará las piedras,
Y los pausados tonos
De la armonía tierna
Harán que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
Ausencia es un castigo
A que Amor nos condena:
Si Amor me le enviare,
En hora buena venga;
Mas no quiero yo mismo
Imponerme esta pena
Para que mi tormento
Más con la ausencia crezca.

VI.

Con motivo de otra que un poeta había escrito á una dama muy aficionada á dos pájaros canarios.

Las inocentes aves
Que halagas y sustentas,
Cuantos cariños logran,
Tantos celos despiertan.
Islas Afortunadas
Llaman la patria de ellas,
Y tú las haces dignas
Del nombre de su tierra.
No es mucho que un amante
Que sabe, hermosa Celia,
Lo que valen tus gracias
Y tus caricias tiernas,
Envidie los favores
Que tan ingrata niegas
A quien más los merece
Porque más los aprecia.
No es mucho si otras aves
Que la fama celebra
Quisieran ser canarios
Sólo por ser de Celia.
Aquel hermoso cisne
Bajo cuya apariencia
Júpiter mismo quiso
Enamorar á Leda;
Las palomas que á Venus
Por los aires pasean,
Desde Amatunte á Páfos,
Desde Chipre á Citera;
El águila que á Jove
El sacro rayo lleva,
Y el pavón á quien Juno
Honra con preferencia,
Lo renunciarán todo
Por gozar tus finezas;
Que en deleite ganarán
Y en honor no perderán.
Creczan tus pajarillos,
Y su música exceda
A la música vana
De suave filomena.
Lo que en amor te deben,
Lo que en halago y fiestas,
Te paguen en aplausos
De sonora cadencia.
Paguen, sí, como suelen
Los sensibles poetas,
En acentos de Apolo
De Cupido las deudas.
Mas ¡ay, que el canto ronco
De mi musa, no diestra,
En vano á sus gorjeos
Hoy compararse intenta!

POESÍAS VARIAS.

Ellos sí que merecen
Que afable los atiendas;
Ellos, y el cantor dulce
Que envidió tus ternezas.
Paréceme que escucho
De su lira en las cuerdas
Imitados los ecos
Del verso, en que pondera
El latino Catulo
Las gracias y excelencias
Del pájaro pulido
Delicias de su Lesbia.
Un poeta elegante
Celia obtuvo como ella,
Y aunque á sus dos canarios
El tanta envidia tenga,
Yo mucho más le envidio
La dichosa licencia
De ser nuevo Catulo
De aquesta Lesbia nueva.

Definición de lo que modernamente se llama coqueta.

DÉCIMAS.

Es la coqueta mujer
Que pasa alegre su vida,
Procurando ser querida
Y no pensando en querer.
Si uno llega á pretender,
Nunca de sí le rechaza,
Pues sabe con linda traza,
Dejando á todos iguales,
Recibir los memoriales
Y no proveer la plaza.
Tan satisfecha y tan vana
Como traviesa y burlona,
Con el que más se aficióna
Gusta de ser más tirana.
Si la celan, está ufana,
Si no la celan, mejor;
Desden, ternura, furor,
Tristeza y gozo aparenta;
Cualquier papel representa
En la comedia de amor.
Su empeño es que este rival
Dé malos ratos á aquél;
Por atraer al infiel
No hace caso del leal.
De promesas liberal,
De favores avarienta,
Es deidad que se contenta
Con el obsequio exterior,
Y no atendiendo al valor
De sus víctimas, las cuenta.
Con ademanes falaces
Saluda, conversa, guiña;
Finge en el aire una riña
Por gusto de hacer las paces.
¿De qué no serán capaces
Su voz, su risa, su llanto?
Ríndese un hombre á este encanto;
Va á tocarla con un dedo,
Y ella le responde: «¿Quédo,
Que no lo dije por tanto.»

DÉCIMA DISPARATADA (1).

Tocando la lira Orfeo
Y cantando Jeremías,
Bailaban unas folias
Los hijos del Cebedo.

(1) Esta décima glosada, y las quintillas que se siguen, cayeron en gracia cuando se hicieron, casi de repente, en una tertulia de gente de buen humor, sólo con el fin de acumular los mayores despropósitos. Si algún adusto crítico se indignare de verlos impresos, sírvale de calmante aquella sentencia de Horacio: *Dulce est desipere in loco.*

En esto el dios Himeneo
Llamó á la casta Susana.
Que asomada á una ventana
Se rascaba la mollera,
Y la dijo: «¡Quién te viera
Gran duquesa de Toscana!»

GLOSA.

Vino un día Menelao,
Sobrino de Faraon,
Conducido en un simon
Hasta el puerto de Bilbao.
Un plato de bacallao
Le causó tal regodeo,
Que á todos dijo en hebreo:
«Vamos tomando café,
Sin embargo de que esté
Tocando la lira Orfeo.»
Al oírlo doña Urraca,
Noble infanta de Castilla,
Se metió bajo la almilla
Una cruz de Caravaca.
Diéronla mucha matraca,
Y ella dijo: «No en mis días,
¿Qué importa á las tres Marías
Que esté, cuando yo lo mando,
San Pascual Bailon llorando,
Y cantando Jeremías?»
Estaba allí Garibay,
Y dijo al oído á Enéas:
«Calla, tonto, no lo creas,
Que todo esto es guirigay.»
Con casaca verdegay
Se apareció Zacarías,
Que al són de las letanías
Vino cantando el cumbé,
Y ellos en deshabilé
Bailaban unas folias.
Saltó el Virey del Perú,
Y arrancando su melena,
Dijo, con la boca llena
De turron y de alajú:
«¿Dónde está mi biricú,
Mi sotana y mi manteo?
Que me voy al jubileo
A rezar por los difuntos,
No sea que duerman juntos
Los hijos del Cebedo.»
Acercóse por detras
El guardian de San Francisco,
Hecho un fiero basilisco,
Gritando: «¡Ya lo verás.»
Púsole entonces Caifas
Un semblante adusto y feo,
Y amenazando á Morfeo
Con un puñal de Albacete,
Dijo: «¿Pues por qué se mete
En esto el dios Himeneo?»
Luégo se apeó Neron
De la burra de Balan,
Y convidó al Tamorlan
A comer un salchichon.
El otro, muy remolon,
Respondió: «No tengo gana.»
«¿Guárdelo para mañana»,
Dijo la reina de Hungría,
Y él, por tener compañía,
Llamó á la casta Susana.
Picada la gran Cenobia
De desaire tan cruel,
Dijo al inocente Abel:
«Pues tengo de ser tu novia.»
Desde Málaga á Segovia
Navegaron por Guadiana,
Y encontrando á la Sultana,
La dicen, muertos de risa:
«Más valiera estar en misa
Que asomada á la ventana.»
A la orilla del Leteo
Se quedó la Emperatriz,
Puesta la sobrepelliz
De san Carlos Borromeo.